

EL EFECTO FRANCISCO

UN PAPADO
ENTRE RESISTENCIAS,
CONTRADICCIONES
Y REFORMAS

Gian Franco Svidercoschi



Diseño de cubierta: Estudio SM

Título original: *Francesco, l'incendiario*
Traducción de Roberto H. Bernet

© 2016, Tau Editrice
All rights reserved
© 2018, PPC, Editorial y Distribuidora, S.A.
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
ppccedit@ppc-editorial.com
www.ppc-editorial.es

ISBN 978-84-288-3269-4
Depósito legal: M 10695-2018
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

PRÓLOGO

Ahora que se están celebrando los cinco años de la elección de Jorge Mario Bergoglio como sucesor del apóstol Pedro se han multiplicado los juicios y balances sobre este primer lustro del pontificado. Muchas de estas apreciaciones se han hecho en público y otras han quedado reservadas al ámbito privado; entre las primeras, algunas han adoptado tonos incondicionalmente laudatorios, entusiastas sin el menor acento crítico; entre las segundas ha prevalecido en algunos casos una posición negativa, carente de toda consideración hacia el papa a nivel personal e incluso institucional, irreverente.

Leyendo muchas de las cosas que se han escrito a este propósito en medios informativos de diversos países he constatado un curioso fenómeno de cambio de actitudes: los que en tiempos no tan remotos se mostraban condescendientes y hasta calurosos con los últimos pontífices se han vuelto ahora apasionados contradictores de Francisco, reprochándole actitudes dictatoriales, escasa o nula preparación teológica, ambigüedad en sus tomas de posición, incapacidad para llevar adelante sus planes de reforma. No han faltado quienes le han tachado de hereje o de demoleedor de las tradiciones eclesiales en temas morales. Incluso se le ha tachado de impostor, de populista, de «peronista» en sus manifestaciones públicas y de manipulador. Una sarta de acusaciones que no resisten, en la mayoría de los casos, un análisis desapasionado.

Son críticas que –según testimonios de quien le están muy cercanos– no le desasosiegan y, sobre todo, no le desvían un

ápice de las decisiones que, como buen jesuita, toma después de discernir lo que el Vaticano II llamó «los signos de los tiempos». Él mismo confesó a sus hermanos jesuitas durante su reciente viaje a Chile que, desde que conoció la noticia de su elección, le ha invadido una gran paz interior que hasta ahora no le ha abandonado y que considera una gracia muy especial del Señor.

Al tener en sus manos, querido lector, este último libro de Gian Franco Svideroschi puede estar tranquilo de que no va a encontrar en sus páginas ni el panegírico obligado ni la diatriba descerebrada. Todo lo contrario. Y esto confirma la coherencia de posiciones y de estilo de su autor, que, por desgracia, muchos de sus colegas, italianos sobre todo, han perdido con el paso de los años.

El autor –a quienes sus amigos siempre hemos llamado cariñosamente Svider– reúne todas las condiciones para situarse entre los mejores analistas del hecho religioso de los últimos cincuenta años. Después de un largo recorrido profesional por diversos medios, fue durante algún tiempo subdirector de *L'Osservatore Romano* (1983-1985), colaboró con san Juan Pablo II en la elaboración del volumen *Don y misterio*, ha sido coautor de los guiones de dos películas sobre el papa Wojtyla y ha escrito una veintena de libros; entre ellos destacaría *Me duele la Iglesia*, sobre la crisis del pontificado de Benedicto XVI, y otro más reciente sobre Francisco con el título *Un papa solo al timón*.

La traducción del original italiano de este libro es: *Francisco, el incendiario. Un papado entre resistencias, contradicciones y reformas*. Los editores españoles han preferido –acertadamente– cambiar esa titulación por la que figura en la portada de este volumen. También los responsables de la traducción polaca optaron por otro título. El autor, en ambos casos, dio su acuerdo, aunque, como ha explicado, había concebido

abrir su obra con este título inspirándose en el lema escrito en el pedestal de la estatua de san Ignacio de Loyola en la Curia General de los Jesuitas en Roma: «Id e inflammat todo» (*Ite, inflamate omnia*).

Una de las características de Gian Franco es su pasión por la Iglesia, y especialmente por el devenir de la Iglesia posconciliar, que él siguió como atento observador. No es, pues, de extrañar que quiera demostrar cómo muchos –por no decir todos– los programas reformistas del actual pontificado están inspirados en los textos y resoluciones del Vaticano II. Y, en consecuencia, hay que remontarse a sus predecesores –y en grado eminente a Pablo VI, a quien Francisco canonizará el próximo mes de octubre– para encontrar las fuentes de su inspiración. Con esta brújula se han escrito estas páginas.

Entre los textos que Svidercoschi cita con mayor frecuencia se encuentra la Constitución dogmática sobre la Iglesia, la *Lumen gentium*, columna maestra de todo el edificio conciliar y verdadera fuente de la revolución que el Vaticano II supuso para toda la Iglesia. En su capítulo IV, dedicado a los laicos, los Padres conciliares subrayaron que los laicos tienen «la sublime tarea de trabajar con empeño para que el designio divino de salvación llegue cada vez más a todos los hombres de todos los tiempos y lugares. Por tanto, hay que abrirles el camino en todas partes para que también ellos, según sus posibilidades y las necesidades de los tiempos, tomen parte activa en la misión salvadora de la Iglesia». Más adelante resaltaron la libertad, «el derecho e incluso el deber de los laicos de expresar sus opiniones sobre lo que se refiere al bien de la Iglesia [...] con sinceridad, con valentía y prudencia».

Desde esta perspectiva me permito invitar a una lectura pausada del penúltimo capítulo de la tercera parte de este libro, que estudia el «Concilio contra el clericalismo», que es uno de los caballos de batalla de este aguerrido vaticanista.

En una entrevista publicada en *Vida Nueva* aseguraba que «el clericalismo está en el origen de muchos problemas, frena todo cambio en la Iglesia. Cada uno defiende su parcela de poder. Esta Iglesia debe cambiar». Explicaba más adelante que, según *Lumen gentium*, la Iglesia tiene que ser «más espiritual, más evangélica, menos institucional y menos jerárquica». En ese capítulo antes citado, Svidercoschi vuelve a afirmar que «este clericalismo es peligroso, porque hace saltar mecanismos que corren el riesgo de torcer la misión de la Iglesia en una visión estrechamente jerárquica y el ejercicio de la autoridad en puro autoritarismo».

Esta es solo una prueba de cómo la coherencia es muchas veces una prueba de valentía, y al autor de este libro hay que reconocérsela, porque la ejerce en grado sumo. Y quizá por eso –intuyo– siente gran admiración por la persona de Francisco, que, «justamente por su audacia innovadora, arrastra una pesada carga de interrogantes, perplejidades, incomprendiones, resistencias e incluso de hostilidad».

Así se explica, por tanto, que el fuego de la reforma bergogliana suscite tan apasionadas reacciones entre los que Gian Franco denomina «mitómanos, integristas, nostálgicos, tradicionalistas» que, desde luego, suscitan alborotos y algarabías, pero están destinados a ser desmentidos porque la aventura que este papa protagoniza superando tantas contradicciones –esa es mi convicción– le sobrevivirá después de su muerte, que deseo lo más lejana posible. Dios así lo quiera.

ANTONIO PELAYO

INTRODUCCIÓN

Al mirar hacia atrás y pensar de nuevo en el *buonasera* de aquel 13 de marzo, se experimenta una sensación de vértigo. Ya era sorprendente, si no increíble, que se hubiese elegido al primer papa latinoamericano, al primer papa jesuita, el primero que había tenido la valentía de llamarse Francisco. Pero ¿quién podía imaginar lo que iba a suceder después? ¿Y que iba a corresponder de manera extraordinaria a las profundas expectativas del catolicismo, pero también de la humanidad?

La Iglesia –y, con más razón, *esa Iglesia*, que sufría una extendida aridez espiritual y estaba enlodada por los escándalos y los conflictos, y todavía traumatizada por la renuncia de Benedicto XVI– tenía necesidad de un guía así, de un verdadero pastor, para que toda reforma retornara a lo esencial del Evangelio y se inspirara en la misericordia divina.

Y también el mundo, en un trágico momento histórico, necesitaba una voz autorizada que reivindicara de forma creíble las razones de la paz y llamara de nuevo a todos a la sobriedad de vida, a la salvaguarda de la creación y a cuidar de la inmensa multitud de los últimos de la tierra, de los más desheredados, de cuantos huyen de la miseria, de las persecuciones, de la ferocidad del terrorismo.

Apenas han pasado desde entonces cinco años y, sin embargo, muchas cosas han cambiado ya en la Iglesia católica. Y, para empezar, ha cambiado el clima general. Con sus gestos, sus opciones y, especialmente, con su predicación, Francisco ha llevado a cabo una primera gran reforma, no solamente

en el lenguaje, sino también en el plano simbólico, cultural, afectivo, es decir, el de los comportamientos, las mentalidades, las relaciones. Y todo ello teniendo como meta, mediante la transformación de los corazones, la transformación del mismo modo de vivir hoy la fe.

Al mismo tiempo, a través de sus encíclicas, de los Sínodos sobre la familia, del Jubileo de la misericordia, y también de sus viajes a las periferias del mundo, del diálogo ecuménico e interreligioso y del compromiso en los frentes de la paz y de la justicia, Francisco está sentando las bases para una revolución evangélica, una revolución que tiene en la «Iglesia en salida» la síntesis de sus ideas y proyectos en cuanto a renovación pastoral y misionera.

Más aún: aquí mismo es donde se encuentran, probablemente, las verdaderas novedades. Primero, la novedad de un pontificado extremadamente dinámico, en continuo desarrollo, tanto por la creatividad e imprevisibilidad de Bergoglio como por las perspectivas siempre nuevas que se abren con vistas al futuro de la Iglesia. Y, segundo, la novedad de que, bajo la presión de las varias emergencias de la historia, y sobre todo de la «Tercera Guerra Mundial por partes» –como él la define–, este papa se ha encontrado ejerciendo un liderazgo a nivel planetario que al comienzo no estaba para nada en sus programas.

Por tanto, el «efecto Francisco», como se ha dado en llamar, no ha perdido nada de su capacidad de sorprender y de atraer. Tanto es así que se ha convertido ya en un fenómeno social, cultural, ha entrado en los pliegues de nuestra cotidianidad, de nuestro hablar común. Y, sin embargo –hay que decirlo de inmediato, para que no se generen impresiones apoloéticas–, es un pontificado que, justamente por su audacia innovadora, arrastra tras de sí una carga bastante pesada de interrogantes, de perplejidades, de incomprendimientos, de

resistencias, cuando no de hostilidades y también de contradicciones más o menos manifiestas.

Por ejemplo, Francisco es el papa que tiene el mayor consenso popular del que se tenga memoria, un consenso nunca antes visto en esta medida por sus predecesores. Pero también es verdad que este consenso –aunque constante y, según parece, no solamente mediático– no ha llevado, por lo menos hasta ahora, a un regreso consistente a la práctica religiosa y sacramental: en una palabra, a llenar las iglesias, como se dice.

Francisco es el papa que ha logrado por fin encarar una reforma de la Curia romana y, en particular, de los tan comentados sectores económico-financieros, una reforma bajo el signo de la transparencia, de la lucha contra la burocracia, contra el «carrerismo», contra la corrupción. Aun así, su pontificado ha tenido que registrar con amargura un nuevo «Vatileaks», todavía más sórdido y penoso que el anterior.

Francisco es el papa que ha sabido conquistar a muchos exponentes del mundo laico y hasta a no creyentes, agnósticos, todos un tanto intrigados por este hombre sin complejos, tan auténtico, tan normal. Y, además, Francisco encuentra sus opositores más decididos en los ambientes que le son más cercanos: dentro de la misma jerarquía eclesiástica, en las curias diocesanas, en las casas parroquiales.

Pues bien, este libro se propone justamente contar cómo está cambiando la Iglesia católica. Y, al mismo tiempo, relatar o, mejor, procurar comprender el verdadero sentido de este pontificado, con sus problemas, sus dificultades internas y externas, sus finalidades –y, ya lo decíamos, sus contradicciones–.

No será fácil, sin embargo, encuadrar a Jorge Bergoglio en un retrato suficientemente objetivo a causa del extendido

conformismo que le rodea hasta casi sumergirlo y oscurecer su figura y su obra. Vale decir, el conformismo de quienes se han subido al «carro del vencedor» y exaltan al papa cualquiera que sea la iniciativa que tome y como si fuese siempre él «el primero» en haberla tomado; pero también el conformismo de quienes, por el contrario, se han alineado perjudicialmente en su contra y siguen hablando de ese «pobre párroco argentino».

Lo único que, tal vez, podría afirmarse es que Francisco ha revelado ser, también como papa, un perfecto hijo de san Ignacio de Loyola. También como papa, e incluso todavía más desde que es papa, ha «interpretado» plena y fielmente el mandato del fundador de la Compañía a los jesuitas, en el sentido de hacerse misioneros y de llevar el mensaje evangélico al mundo: *Ite inflammate omnia*, «Id e inflamadlo todo».

Pues bien, Francisco ha hecho exactamente eso: ha puesto el mundo en llamas. Ha inflamado los ánimos, ha encendido pasiones, ha suscitado afectos, simpatía, empatía. Y, considerando urgente que la Iglesia y los cristianos regresaran al Evangelio, y que, por eso, el Evangelio debía ser liberado de la sobrecarga secular de «pesos» que habían terminado por ofuscarlo, por sofocarlo, Francisco ha entregado a las llamas la masa enorme de cizaña y maleza que impedía la siembra y el crecimiento de la buena semilla; es decir, saliendo de la metáfora, ha comenzado a desestructurar desde sus fundamentos el viejo sistema clerical, con el resultado de provocar un temblor de tierra, poniendo en crisis también a muchos creyentes y haciendo crecer los grupos de sus opositores.

Y este –aunque en un juicio un tanto simplista– es ahora el dilema: circunscribir o incluso extinguir el «incendio» o bien alimentar la llama de este «tiempo» oportuno, favorable, como lo considera Francisco, este «*kairós* de misericordia»

para una humanidad herida, confundida, angustiada y necesitada de encontrar a Dios.

G.F.S.

*P.S. En la Curia generalicia de la Compañía de Jesús, en Roma, frente a una de las escaleras que conducen a las plantas superiores, hay una estatua de san Ignacio tallada en madera. La obra quiere representar y, por tanto, transmitir el profundo anhelo misionero que ardía en el corazón del fundador. El gesto del brazo derecho parece acompañar la mirada, dirigida hacia un horizonte lejano. En el pedestal dice, en latín: *Ite inflammate omnia*. Es su famosa invitación a los jesuitas a prender fuego al mundo entero, naturalmente, en el sentido de difundir por todas partes el Reino de Dios.*

Hace un tiempo hubo que hacer trabajos de reacondicionamiento en el edificio de Borgo Santo Spirito. ¿Y qué se colocó –de forma, por cierto, casual– precisamente allí, junto al basamento de la estatua de san Ignacio? Un extintor...

DESTINADO A LA SOLEDAD

¿Es Francisco realmente un papa solo? ¿Un papa aislado? Cuanto más avanza este pontificado, más se tiene la sensación de que las cosas están así. Más se repite la reacción indignada de autorizados exponentes de la jerarquía eclesial, que se afanan en declarar que hay una profunda y vastísima adhesión al magisterio del papa Bergoglio, a sus iniciativas, y más se intuye, detrás de esa actitud, una buena dosis de hipocresía. Entre otras cosas, porque no debería tener nada de escandaloso que un observador externo considerara que Francisco está sustancialmente solo en la conducción de la Iglesia católica. Más aún, habría que decir que está «destinado» –justamente por el modo en que está realizando su revolución– a estar solo. A permanecer solo.

Y, por lo demás, como enseña la historia, hay una soledad «institucional» que, por la autoridad misma de la que está investido, todo papa ha tenido que experimentar tarde o temprano, especialmente en las situaciones de gran excepcionalidad. Así le sucedió a Juan XXIII cuando estaba a punto de comenzar la extraordinaria aventura del Concilio Vaticano II –una aventura que, sin embargo, queda todavía toda ella por recorrer–. En aquel momento de dramática incertidumbre, también el papa Roncalli vivió una situación así, como lo testimoniara el cardenal Giacomo Lercaro, arzobispo de Bolonia: «... la soledad en la que, sin embargo, todos lo dejamos –aun sintiendo a menudo la fascinación de los nuevos

horizontes que él abrió–, sin lograr caminar junto a él, a su mismo paso».

Hacia falta un «rompehielos»

Palabras de suma actualidad son las de Lercaro. Palabras que ayudan a comprender que, si Francisco es un papa solo, lo es también, y sobre todo, como consecuencia de la descomunal tarea que tiene que realizar: una reforma a fondo de la Curia romana y, más en general, de la Iglesia católica. Es verdad que esto mismo es lo que le habían pedido expresamente en el cónclave los cardenales que lo eligieron. Pero una cosa es decidir poner en marcha una gran obra de renovación espiritual y pastoral –y ya esto fue un hecho excepcional–, y otra es realizar concretamente esta obra y, por tanto, implicar en ella a todos los interesados: personas, instituciones y organismos, pero también desarticular los grupos de presión, y cambiar las mentalidades, y vencer las resistencias, los prejuicios, las perezas y el «siempre se ha hecho así», que es el peor adversario.

En efecto, después de la experiencia de cinco años de pontificado, hay que hacer una primera consideración. Si no hubiese llegado alguien como Bergoglio, procedente de la otra parte del mundo, no condicionado por los debates y las contraposiciones posconciliares entre conservadores y progresistas, alguien como él, completamente ajeno a los choques entre las «bandas» curiales por conquistar siempre nuevos espacios de poder, y, si no hubiese llegado alguien con su «inconsciencia» –palabra que él mismo pronunció– y con su coraje a hacer de «rompehielos» o de «pala excavadora», casi seguramente el proceso de reforma ni siquiera se habría puesto en marcha. Habría quedado en el punto de partida, blo-

queado no por los enemigos, no por los que estaban ya en contra, sino por la multitud de los «normalizadores», de todos los que, también en la Iglesia, son buenísimos a la hora de enjaular cambios, neutralizándolos, cloroformizándolos.

Así, Francisco logró poner nuevamente en movimiento una máquina cuyos mecanismos estaban recubiertos por completo de una gruesa costra de herrumbre. Siempre, desde luego, en la línea de aquellas nuevas perspectivas pastorales y misioneras que Juan XXIII había inaugurado con el Vaticano II y que, después, sus sucesores, aunque con un camino discontinuo en el paso, y aun mortificando ciertas aperturas eclesiológicas, habían desarrollado de todos modos. Pero también es verdad que la elección del arzobispo de Buenos Aires al papado llevaba en sí la marca de la discontinuidad, del deseo de cambio, o sea, de la voluntad de la mayoría del Sacro Colegio de invertir la ruta y de arrastrar a la Iglesia fuera de los bajíos en los que corría peligro de encallar: los escándalos, los «Vatileaks», las luchas de poder, la plaga de la pederastia y, además, la impactante renuncia de Benedicto XVI.

El peso de la costumbre

Por eso, Francisco se sintió, por decirlo así, «autorizado» a llevar a cabo toda una serie de gestos de ruptura respecto a un pasado de autoconservación, de mantenimiento del *statu quo* y, en particular, respecto al secular cúmulo de costumbres que han terminado por oscurecer la simplicidad y, al mismo tiempo, la radicalidad del Evangelio. Se trata de costumbres que, al comienzo, nacieron probablemente por exigencias objetivas y que tal vez fueron también portadoras de efectos benéficos, por ejemplo en el campo litúrgico, en el pastoral y en el de la piedad popular. Pero que, más tarde,

con el paso del tiempo, se transformaron en praxis habitual y, poco a poco, se habían arraigado cada vez más, convirtiéndose en preceptos, normas, prácticas, ritos, cuando no directamente en leyes, tradiciones de la Iglesia, hasta el punto de prevalecer sobre la misma Palabra de Dios, sobre su verdad, sobre su voluntad.

Bien lo explicó el cardenal Walter Kasper: «No se trata de una continuidad rígida, sino de una continuidad viva. Siguiendo al teólogo francés Michel de Certeau, muy estimado por el papa Francisco, puede hablarse de una *rupture instauratrice*, de una renovación que pasa a través de rupturas. Ningún papa puede edificar una nueva Iglesia e inventar de nuevo la Iglesia, pero puede y debe renovar la única Iglesia de todos los siglos». Y hacerlo, por tanto, sin tener ya que espantarse con solo oír pronunciar la palabra «reforma». Porque la reforma, si es verdadera, si se debe a un auténtico impulso del Espíritu Santo, no puede más que conducir, en cualquier cambio que se realice, a una plena conformación con el Evangelio.

Viene aquí a la mente la Madre Teresa. Hoy, después de la proclamación oficial de la Iglesia, es santa, pero para muchos lo era ya en vida. Era de cuerpo pequeño, frágil, cada vez más doblado por los tormentos de la artrosis, con el rostro marcado por las arrugas, las manos nudosas de una campesina. Vista en conjunto tenía el aspecto de una mujer humilde, modesta. Pero, cuando hablaba, cambiaba de golpe. En sus palabras, el Evangelio se volvía explosivo, dinamita, algo verdaderamente revolucionario. Y eso porque Teresa te hacía redescubrir la potencia y, al mismo tiempo, la normalidad, la simplicidad de la caridad cuando está marcada por una gratitud absoluta. Era el lenguaje del amor a los «más pobres de entre los pobres»: los leprosos, los moribundos, a los que ella sola había ido a buscar a los bajos fondos de Calcuta

y a los que –por lo menos en aquel momento– había dado el calor de no sentirse solos.

«Soy más bien temerario»

Y repensando a Teresa se podrá comprender todavía mejor al papa Bergoglio y la perfecta coherencia de la elección que ha hecho, como testigo del primado del Evangelio y, por tanto, de la exigencia de vivirlo –de forma fiel y total– en la propia vocación cristiana y en lo concreto de la historia. En efecto, Francisco decidió con suma serenidad y naturalidad dar inicio a una acción de reforma que, por sus términos y objetivos tan radicales, iba más allá del mandato recibido por los cardenales en el cónclave. Y antes que con documentos, antes que con la oficialidad vaticana, Francisco lo hizo con su estilo pastoral, con la sensibilidad de quien sabe mirar los hechos también desde la periferia. Lo hizo con sus gestos a menudo chocantes, a contracorriente, con su hablar directo, llano, sin detenerse a controlarse, a sopesar los términos, los adjetivos. «En general no tengo miedo. Soy más bien temerario, me mando sin medir consecuencias», dijo una vez.

E, inevitablemente, aquí comenzaron los problemas. Como sucede siempre en todo paso que remece la historia de cualquier institución y, con mayor razón, de una institución como la Iglesia de Roma, toda revolución acarrea consigo, junto a las novedades y los cambios, también ambigüedades, contradicciones, dificultades, resistencias, oposiciones. Bergoglio sigue gozando de un enorme consenso popular, un consenso directamente transversal, porque va desde los creyentes hasta los agnósticos. Pero están también los que contestan su modo de «ser papa», los que critican su bagaje

cultural y teológico latinoamericano y su jesuitismo, los que se espantan porque están convencidos de que quiere desquiciar la doctrina católica, y los que, dentro y fuera de las murallas vaticanas, se sienten amenazados en sus privilegios por las reformas en la curia.

Pero, pensándolo bien, no parece ser este el aspecto más preocupante. Hay otro, aún más insidioso, más inquietante, justamente en razón de sus aspectos paradójicos.

El nudo que desatar

Desde que es papa, Bergoglio ha realizado ya importantes reformas a nivel de estructuras, ha restablecido toda una serie de prioridades en el plano no solamente pastoral, sino también moral y espiritual, ha relanzado el Vaticano II y, martilleando palabras claves –Iglesia en salida, misericordia, ternura, pueblo de Dios, sinodalidad, colegialidad, solidaridad, transparencia–, ha puesto los fundamentos para una renovación general del catolicismo. Pero todo esto lo ha hecho solo. Más aún, tuvo que hacerlo solo. Si hubiese esperado que otros lo siguieran, ni siquiera habría comenzado el camino. No habría podido clavar los «jalones», marcando el terreno, preparándolo para cambios que tendrán que ser irreversibles, de modo que impidiera que mañana se dé marcha atrás.

Pero todo esto lo hizo solo, sustancialmente solo. Sin embargo, una revolución en la Iglesia, si se la entiende en el sentido de una reconstrucción de la vida de fe de las comunidades cristianas en la liturgia, en la catequesis, en el empeño caritativo, en la acción evangelizadora, en la presencia en el seno de la sociedad, y que llegue a ser fermento en cada diócesis, cada parroquia, cada convento, cada seminario, cada

asociación y movimiento laical, una revolución así, también para un papa como Bergoglio, es difícil llevarla adelante solo, fiándose solamente del propio carisma personal, de las propias fuerzas.

He aquí, precisamente, la paradoja. Una paradoja que es también, en la práctica, el verdadero nudo que desatar y, por tanto, la incógnita sobre el futuro de este pontificado. Necesariamente, Francisco debe darse prisa, quemar etapas, saltarse también las que podrían ser las mediaciones necesarias. Pero de este modo ha abierto demasiados horizontes, todos al mismo tiempo, generando perplejidad entre clérigos y laicos, provocando incomprendiones y también un poco de confusión y proporcionando así algún asidero más a escépticos y opositores. En suma, sin quererlo, desde luego, ha terminado por provocar una ampliación de la distancia respecto a aquellos que –recordando las palabras del cardenal Lercaro–, «sin lograr caminar junto a él», lo han dejado solo.

¿Cómo hacer, pues, para que estos caminen «a su mismo paso», al paso de Francisco?

ÍNDICE

PRÓLOGO, de Antonio Pelayo.....	5
INTRODUCCIÓN	9

PRIMERA PARTE SIGNO DE CONTRADICCIÓN

1. DESTINADO A LA SOLEDAD	17
Hacia falta un «rompehielos»	18
El peso de la costumbre	19
«Soy más bien temerario»	21
El nudo que desatar	22
2. UNA NORMALIDAD DIFÍCIL	25
Una clave de lectura	26
Dimensión pastoral del papado	28
Cambio radical de lenguaje	29
Como los relatos evangélicos	30
«Pero ¡yo no lo invité!»	32
3. CUANDO LA DIFERENCIA ESTÁ SITUADA A NIVEL CULTURAL	35
Una minoría crítica	36
«El papa reza de otra manera»	38
La herencia ignaciana	39
La cultura del encuentro	41
El «teólogo» Scalfari	42

4. CARDENALES EN CONTRA	45
Primeras manifestaciones de mal humor	46
Difícil comienzo para el Sínodo	48
Maniobras contra el papa	49
Una carta manipulada	51
Miedo a las novedades	52
5. LA CURIA CONFUSA	55
«Me sentí utilizado»	56
Un nuevo «Vatileaks»	58
¡Qué extraño proceso!	59
Como un James Bond	61
Es preciso vencer las resistencias	63
También la pederastia	65
El Óscar a <i>Spotlight</i>	67

SEGUNDA PARTE
MIRADAS DESDE LAS PERIFERIAS

6. SEGÚN COMO SE MIRE...	71
Desplazamiento hacia el Sur	72
La periferia se vuelve «centro»	74
Un papado <i>in progress</i>	75
Dos polos contrapuestos	76
La victoria de la fe	78
7. EL AÑO SANTO SE ABRE EN ÁFRICA...	81
Confesarse se vuelve un tormento	82
El «redescubrimiento» de la misericordia	84
Un Jubileo descentralizado	85
Una «Puerta Santa» construida en el patio	87

No fue un fracaso	89
Y también para el aborto... ..	91
8. UN PLANETA QUE SALVAR... ..	95
El «punto de vista» del Sur	96
Diversidad de perspectivas	98
Condicionamientos de la encíclica	99
¿Un ataque al capitalismo?	100
Una herencia común	102
Los vagabundos a las puertas de casa	104
9. LA FAMILIA, EL AMOR, LAS CRISIS	107
Ese 30 % de opositores	108
Presiones externas y maniobras internas	110
Apertura a los divorciados vueltos a casar	112
Protagonismo de las familias	113
¿Y la dimensión sexual?	115
10. CUANDO LAS RELIGIONES SE ENCUENTRAN	119
Lesbos, un nuevo ecumenismo	120
Un encuentro histórico, pero ambiguo	122
Una Ortodoxia dividida en Creta	124
Lutero revalorizado	125
La persecución religiosa	127
¿Qué diálogo con el islam?	129
El martirio del P. Jacques	130
Musulmanes en las iglesias	132
La oración de Asís	133
11. UN LIDERAZGO MUNDIAL	135
Punto de referencia moral	136
La llamada telefónica de Angela Merkel	138
Fracaso de la integración	140

¿Una guerra de religión?	142
«¡Nunca más la guerra!»	144
Viaje a las Américas	146
En el polvorín caucásico	148
El hombre de La Habana	150

TERCERA PARTE
UNA IGLESIA QUE CAMBIA

12. RETORNO AL EVANGELIO	155
Ya no es aquella Iglesia	156
Dureza de corazón	157
«Nostalgia» del Evangelio	149
Un espíritu reformador	160
13. CÓMO VIVIR LA FE HOY	163
¿Cómo hablar de Dios al hombre moderno?	164
Purificación permanente	165
Rigor y compasión	166
Centralidad de la persona	169
14. LA IGLESIA: INVERSIÓN DE LA PIRÁMIDE	171
Novedades en los nombramientos de obispos	172
El redescubrimiento de la sinodalidad	174
Una verdadera descentralización	176
¿Seguirán los obispos a Francisco?	177
15. CONCILIO <i>VERSUS</i> CLERICALISMO	179
El antiguo «dominio de los clérigos»	180
Retorno al Vaticano II	182
El <i>sensus fidei</i> de los laicos	184
Párrocos patronos	185

16. CUANDO LOS PAPAS CAMBIAN DE CASA	189
Pero ¿lo logrará?	190
Una fase decisiva	192
Dinamismo interno, credibilidad externa	194
Los nuevos desafíos	196